

Introducción al método de la intervención sociológica

*Alain Touraine**

ESTAS NOTAS NO SÓLO PRESENTAN los principios y los propósitos de un método de investigación, la intervención sociológica,¹ sino las enseñanzas que se desprenden de un primer conjunto de investigaciones desarrolladas desde 1975 y que han abarcado hasta ahora los estudios siguientes: la huelga estudiantil de 1976 en Francia, el movimiento antinuclear y ecologista en Francia, el sindicalismo obrero en Francia, el movimiento obrero en la empresa Lip, el movimiento feminista en Francia, Solidarnosc en Polonia, y los ingenieros nacionalistas y revolucionarios en Turquía.² Al momento de redactar estas notas estaban en preparación otros tres estudios basados en este método de investigación: la violencia política en Europa, los jóvenes marginados en Francia, y el movimiento por la paz en Alemania Federal, los Estados Unidos y Francia. La experiencia de investigación adquirida en el curso de siete años permite definir con mayor precisión el espíritu de este método y los problemas que suscita.

* Director del Centre d'Analyse et d'Intervention Sociologique (CADIS) y profesor de l'École Pratique des Hautes Études en Sciences Sociales (París).

¹ Una exposición más extensa aunque escrita casi al comienzo de este programa de investigación, fue presentada por el autor en el libro *La voix et le regard*, París, Éditions du Seuil, 1978 (existe traducción al inglés: *The Voice and the Eye*, Cambridge University Press, 1982). N. de la R.

² Dichos estudios han sido editados en los libros siguientes: *Lutte étudiante*, París, Éditions du Seuil, 1978; *Le mouvement antinucléaire*, París, Éditions du Seuil, 1980; *Le mouvement ouvrier*, París, Fayard, 1984; *Solidarité*, París, Fayard, 1983; los estudios sobre las mujeres y los ingenieros turcos están inéditos. En los libros publicados colaboraron Francois Dubet, Michel Wieviorka, Zsusa Hegedus y otras personas. N. de la R.

1. Introducción

A cada tipo de problema social corresponde un método de estudio. Sería inútil discutir en términos muy generales las ventajas o los inconvenientes de tal o cual método; es preferible comenzar por definir con precisión su utilidad, o sea qué tipo de comportamientos sociales puede revelar.

El método más utilizado actualmente es la investigación cuantitativa, con base en respuestas individuales. Permite dar un tratamiento estadístico a los resultados y, en particular, hacer un análisis multivariado. No sólo consiste en relacionar variables de situación y de comportamiento; la importancia de este método reside en que corresponde a un tipo de análisis que considera los comportamientos como atributos de la posición que se ocupe en un sistema social y, principalmente, en sus escalas de estratificación. Podemos recordar aquí, como ejemplo histórico, el razonamiento de Durkheim al estudiar la anomia.

Aunque la encuesta utiliza datos suministrados por los mismos actores, y que a menudo son opiniones o actitudes, tiende a eliminar toda referencia al actor social y más aún al sujeto. Muestra que, independientemente de las representaciones que el actor se hace de sus propias conductas, éstas revelan su lugar relativo, su *status* en un conjunto social. La investigación es más eficaz sobre todo porque logra explicar de manera más amplia los comportamientos registrados por el *status* del actor. Puede decirse que estudia comportamientos de consumo si aceptamos tomar esa palabra en un sentido amplio. Permite conocer el comportamiento del actor colocado en una situación dada, a la cual él responde. Ya se trate de productos disponibles en el mercado o de candidatos a una elección política, los actores están frente a un sistema de oferta sobre el cual no tienen una acción directa. Por esta razón la encuesta individual ocupa un lugar más importante que la entrevista de grupo, puesto que cada individuo debe ser conocido en su *status* o en la pluralidad de sus papeles para que se establezcan relaciones impersonales entre situación y comportamiento las cuales, repitámoslo, llevan a presentar hipótesis sobre el funcionamiento de los sistemas sociales.

En el curso de estos últimos años, otro método experimentó cierto desarrollo; se trata de estudios de casos referentes a decisiones o mecanismos de cambio. El investigador debe reconstituir el conjunto de las interacciones e influencias por medio de las cuales se desprendió finalmente cierta decisión. Trabajo tanto más difícil en la medida en que los documentos disponibles son generalmente pobres e insuficientes y que es necesario rastrear todas las intervenciones, tanto las que tuvieron éxito como las que fracasaron, para reconstituir el conjunto del

proceso de decisión. Se han dedicado numerosos estudios a las decisiones urbanas o incluso a la introducción de modificaciones en el funcionamiento de organizaciones industriales o administrativas.

Existe un tercer tipo de método, que también corresponde a una categoría muy precisa de conductas sociales, y que se puede llamar semiológico. Se trata en este caso de hallar los signos de un orden social, ya sea de lo que éste impone de inclusión o bien de lo que implica de exclusión o de encierro. Este modelo de una sociedad reducida a la expresión o, mejor aún, al conjunto de los signos de la dominación que se ejerce en ella ha sido bien acogido por los sociólogos en los últimos años, y muchas de las escuelas más influyentes, ya sea en Francia o en los Estados Unidos, han intentado elaborarlo. Recordamos, en particular, los notables análisis de Goffman y de Foucault.

Finalmente, los estudios relativos a cambio emplean naturalmente métodos comparativos o, más ampliamente, históricos, es decir utilizan documentos situados en diferentes momentos de una evolución. La explicación consiste en extraer el sentido de esta evolución. Todos conocen el brote de interpretaciones, y definiciones del proceso general de modernización que marcó la sociología clásica desde Auguste Comte hasta Parsons.

Hicimos referencia a estos cuatro métodos —a los cuales podríamos añadir algunos otros— con el fin de poder situar el método de la intervención sociológica, al definir el tipo de conducta al cual éste se aplica. La encuesta estudia las conductas-respuestas; los estudios de casos —que pueden ir hasta la simulación— se refieren al examen de decisiones; la aproximación semiológica corresponde efectivamente al estudio de los sistemas cerrados y de las formas de dominación y de conservación de esta dominación; el método histórico y comparativo está bien adaptado al estudio del cambio social. En cambio, la intervención sociológica pretende ser el método que corresponde en prioridad al estudio de las conductas colectivas por las cuales se producen las formas de organización social como resultado de conflictos sociales por el control y la apropiación de los patrones culturales mediante los cuales una colectividad construye de manera normativa sus relaciones con su medio ambiente.

Estos patrones culturales se dividen en tres tipos principales: una colectividad construye una forma de representación del medio ambiente, elabora un modo de inversión, es decir, de producción de la producción, y por fin, se representa al sujeto y, por consiguiente, produce normas de moralidad. Estas orientaciones, —que podríamos llamar, utilizando un término inexacto, *valores*— no se transforman directamente en normas sociales, en formas de organización y en definiciones de *status* y de papeles. Estas son el objeto de una lucha central en la cual está en juego la transformación de estas orientaciones culturales en formas de organización social.

Ya no se trata entonces de examinar conductas que responden a una situación social, sino conductas que la cuestionan. Tomemos un ejemplo simple. Los asalariados de una empresa responden de manera favorable o desfavorable a las condiciones establecidas de organización y de remuneración de su trabajo. Al mismo tiempo, estos asalariados, directamente o más a menudo por medio de sus sindicatos, ejercen una acción conflictiva, más o menos violenta o más o menos institucionalizada, mediante la cual se definen, de manera contractual o legal, condiciones de trabajo que pueden ser modificadas por las transformaciones de la relación de fuerzas o de la estrategia de uno de los actores sociales en presencia. Hoy en día ya no es posible pensar que las formas de organización del trabajo son la expresión directa de la racionalidad científica y técnica. Innumerables estudios han mostrado muy claramente que éstas son el resultado de las relaciones sociales. De la misma manera, se puede considerar que la organización urbana o el contenido de los medios de comunicación y de los programas escolares son, más o menos directa o indirectamente, el resultado de relaciones y de conflictos sociales que se refieren a un lugar central de conflictos, el que acabamos de definir como la lucha por el control social de los modelos culturales, de lo que yo he llamado la historicidad; de ninguna manera entiendo por esto la existencia de una sociedad en la historia, sino muy al contrario, la capacidad de una sociedad para producir su campo histórico y para producirse ella misma.

El método de la intervención sociológica no tiene ninguna pretensión universal. Veremos más adelante que no se limita, no obstante al estudio de ciertos fenómenos sociales. Debe considerarse como el instrumento de análisis correspondiente a cierta manera general de estudiar la vida social, puesto que esos conflictos centrales, estrechamente vinculados a la producción de orientaciones culturales, se traducen en procesos institucionales y en formas organizacionales y que, por otra parte, estas relaciones abiertas pueden cerrarse, transformándose en un sistema de orden y de reproducción social, o pueden entrar en crisis o en descomposición o, más sencillamente, modificarse mediante procesos de cambio social. Pero aunque el método de la intervención sociológica llegase a penetrar todos los campos de la sociología, esto no significaría que pueda sustituirse a lo que hay de particular en tal o cual campo de la vida social. Las relaciones entre las diversas maneras de abordar el estudio de un objeto social dado es un problema que deberá retener cada vez más la atención en el futuro.

2. Los métodos tradicionales de estudio de los movimientos sociales

Si bien es cierto que, durante estos últimos años se han dedicado una cantidad importante de estudios a los movimientos sociales, éste si-

que siendo uno de los campos más débiles del análisis sociológico. La investigación sociológica permitió conocer relativamente bien el funcionamiento de los sistemas sociales; sin embargo, el estudio de los movimientos sociales, por estar enfocados a conductas "calientes", quedó al margen de la sociología, y eso de dos maneras principales.

Primero, muchos de los estudios sólo presentan la ideología de los actores e incluso podrían calificarse a menudo de hagiográficos. Con frecuencia, parece imposible deshacerse de una imagen voluntarista de la acción, que pertenecería a grandes hombres o a fuerzas populares que movilizan una experiencia específica, ya sea la de una clase social o la de una nación. En otros casos, este análisis "desde el interior" se ha revestido de una aparente objetividad, al recurrir a una concepción general del sentido de la historia. Numerosos historiadores o sociólogos describieron las luchas por la libertad, la justicia social, la secularización o la formación del Estado nacional. Es fácil notar en cada ocasión que sólo hay una corta distancia entre esta concepción general de la historia y la conciencia de los mismos actores, y que el sociólogo o el historiador no es más que un intérprete de aquéllos cuyas intenciones y acción evoca.

Frente a estos estudios, a menudo atractivos, pero cuyo valor explicativo es casi nulo, hay que subrayar los méritos de los verdaderos análisis históricos. Tropezamos aquí con un problema al cual tendremos que regresar. El análisis sociológico de la acción colectiva no puede entrar en conflicto con un análisis histórico, sencillamente porque dichos análisis no tienen el mismo objeto o más bien porque tienen objetos complementarios. En efecto el análisis histórico es un procedimiento sintético, que debe permitir la comprensión de los pormenores y de las relaciones entre los diversos significados de una acción colectiva concreta. Por ejemplo, en el campo de la acción obrera, el objeto que mejor se adapta al estudio histórico es un conflicto social, una huelga. Ésta no es tan sólo el resultado del movimiento obrero; debe entenderse en el contexto de la coyuntura económica, del estado del sistema político o también, de las formas de comunicación de las informaciones. Por el contrario, el procedimiento sociológico es de tipo analítico, es decir, busca en una acción colectiva un elemento de crisis o de conflicto que afecta un conjunto social.

Aquí debemos describir con más precisión qué es un movimiento social. La definición que hemos dado anteriormente: acción colectiva conflictiva por el control social de los modelos culturales, de la historicidad, opone los movimientos sociales a otros dos tipos de acción colectiva, cuya importancia no es forzosamente menor.

En primer lugar, ciertas acciones colectivas pueden verse como la expresión de una crisis, de crecimiento o de regresión, de diversificación o de desorganización, de un sistema social. En el mismo sentido, muchas acciones colectivas pueden considerarse como presiones por

parte de un grupo social para entrar en un sistema de decisión política, para adquirir influencia o, por el contrario, para resistir a la eliminación de este sistema. Ésta es, por ejemplo, la concepción principal de las huelgas obreras que proponen Shorter y Tilly en su importante trabajo sobre las huelgas en Francia. En realidad, dicha concepción tiene relación con aquélla, a la cual dijimos que correspondía el método de la investigación sociológica: se trata de una manera de abordar el estudio que podemos llamar funcionalista, es decir que las conductas están definidas por algunos atributos del sistema social o de uno de sus subsistemas.

Una concepción completamente opuesta y cercana al evolucionismo al que hemos hecho alusión, consiste en definir los movimientos sociales como agentes de cambio. Pero, ¿qué significa esta expresión? ya sea que convierte a los movimientos sociales en agentes del sistema político, puesto que cualquier decisión política modifica la organización social o, por el contrario, los convierte en agentes de transformación y de ruptura social, en agentes de nacimiento de una nueva sociedad; pero esta explicación por el futuro está condenada a permanecer ideológica.

Lo anterior muestra que la definición que dimos de los movimientos sociales se sitúa fácilmente en relación a los otros dos que acabamos de evocar. Cualquier movimiento social, al tiempo que cuestiona las relaciones sociales y un modo de apropiación social de los recursos culturales, está movido por una comunidad concreta que se siente amenazada y trata de defender su identidad o sus intereses. Podemos decir que sólo se crea un movimiento social cuando estas conductas defensivas se complementan con conductas contraofensivas. Por otra parte, si un movimiento social es efectivamente un agente de cambio, su acción no se sitúa ni en el interior de un sistema institucionalizado de decisión, ni en el paso indefinible del presente al futuro. Un movimiento social cuestiona en el interior de una cultura —o sea de un modo de construcción de las relaciones de una sociedad con su medio ambiente— las formas de dominación social, y por tanto los mecanismos de producción de las prácticas sociales y culturales. Por consiguiente, podemos decir que el estudio del movimiento social está más allá del estudio de las conductas defensivas de reconstitución de un elemento del orden social y, a la inversa, se encuentra antes de las conductas de cambio, al menos en la medida en que éstas pertenecen a mecanismos institucionalizados.

3. Los principios de la intervención sociológica

Después de definir la intervención sociológica, en relación con otros métodos, es decir después de mostrar el vínculo esencial que une la intervención sociológica al estudio de los movimientos sociales, o sea de

las conductas conflictivas centrales, hay que definir en qué este método se distingue de una investigación sociológica o incluso de una entrevista de grupo.

El primer rasgo distintivo de la intervención es establecer o mantener un vínculo estrecho entre el grupo que estudia y la acción colectiva que este último representa. Sería paradójico realizar entrevistas individuales para estudiar una acción colectiva y colocar a los entrevistados en una situación completamente diferente a la de la acción. Por ello la intervención sociológica estudia grupos de actores, que participan o han participado en la misma acción colectiva, y el primer deber de los investigadores es procurar que estos grupos no se centren sobre sí mismos, sino que se vean constantemente como responsables de un movimiento más amplio, comprometido en una acción real. Parece preferible que estos grupos se constituyan lo más cerca posible de las prácticas reales del movimiento. Por esto siempre hemos evitado trabajar con dirigentes o ideólogos. Para estudiar el movimiento sindical, hemos constituido *grupos de intervención*, formados por obreros sindicalizados aunque ninguno de ellos ocupaba cargos de dirección sindical; se siguió esta regla tanto en Francia como en Polonia. Es difícil a veces bajar totalmente al nivel de la acción cotidiana pero nos esforzamos constantemente por avanzar en este sentido, sobre todo con el fin de evitar las reacciones ideológicas defensivas que entorpecen el análisis.

Lo anterior nos llevó a definir un segundo rasgo característico de la intervención. Ésta intenta extraer y elaborar el sentido de las prácticas. Por ello rechaza un método de interrogación que colocaría de nuevo a los actores frente a una situación, cuando se trata, al contrario, de saber de qué manera contribuyen a modificar y, por consiguiente, a producir esta situación. Por esto mismo, el trabajo de un grupo de intervención se inicia con diversos encuentros entre sus miembros y un conjunto de compañeros del gremio, amigos o enemigos, escogidos por dicho grupo. Durante los intercambios, el grupo suscita comportamientos que van a escapar parcialmente a un control ideológico y serán objeto de una reflexión ulterior por parte del grupo.

Un grupo de sindicalistas obreros pide con frecuencia realizar encuentros con representantes del patronato y del gobierno, dirigentes de su propia organización, o aun con trabajadores que no pertenecen a su sindicato. Pero también pueden conceder más importancia a encuentros con autoridades locales. En Polonia, para citar el ejemplo de una investigación reciente, los miembros de *Solidarność* pidieron tener encuentros con representantes del Partido y de la Iglesia, dirigentes de empresas y economistas, militantes políticos de la oposición y responsables de su sindicato.

Este proceder prepara a los investigadores y al grupo a los dos aspectos principales de la intervención: primero, el *autoanálisis de los acto-*

res. Mientras muchos métodos sociológicos pretenden identificar el sentido objetivo de un comportamiento, pensamos, por el contrario, que no se puede, en el caso que nos ocupa, separar completamente el sentido de una acción de la conciencia del actor. Tampoco se trata de identificar el uno con el otro, pero hay que admitir que el actor de un movimiento social, comprometido en una acción que cuestiona orientaciones normativas y conflictos centrales, no puede evitar producir una cierta conciencia de su acción. Para referirse a un campo clásico, digamos que es inconcebible hablar de clases sociales sin tener conciencia de clase, si admitimos que las relaciones entre clases no son contradicciones objetivas, sino más bien luchas entre actores dominantes y dominados que tratan de apropiarse o reapropiarse, por ejemplo, del poder de utilizar recursos técnicos y económicos. Podemos entonces definir la intervención sociológica, no como un estudio de la situación de un grupo social, ni tampoco como un estudio de sus respuestas a esta situación, sino como el análisis de su autoanálisis. Esto opone claramente la intervención sociológica y sus fundamentos analíticos a una imagen que podríamos llamar leninista de la acción social, e incluso, más ampliamente, a toda concepción de la acción social considerada como respuesta a una crisis, a un cambio o a una contradicción de un sistema social organizado alrededor de una lógica central.

De esta concepción de la intervención como un autoanálisis se deriva que una condición esencial del éxito de una intervención es la formación de una fuerte demanda de investigación por parte de los actores. Se debe subrayar este punto tanto más porque, en el transcurso de nuestra experiencia, no siempre hemos encontrado este tipo de demanda. Si nuestros estudios sobre el movimiento antinuclear en Francia y sobre *Solidarnosc* en Polonia, así como el trabajo sobre los obreros de *Lip*, han podido apoyarse sobre una importante demanda, hemos percibido, en cambio, los inconvenientes de una poca demanda en nuestros trabajos sobre los estudiantes o las luchas occitanas. Incluso ocurrió, ya sea en este último caso, o al iniciarse el estudio sobre el movimiento feminista, que no había tal demanda y que fuera remplazada por una resistencia al análisis, resistencia que es por lo general tanto más fuerte cuanto que un movimiento sienta que se enfrenta a dificultades o a crisis más profundas y que no es capaz de dominar, por medio del análisis, su propio funcionamiento.

Pero el autoanálisis de grupo sólo es uno de los aspectos de la intervención sociológica. En efecto, ningún actor puede llegar a ser del todo un analista; todo actor siempre es más o menos un ideólogo, es decir que se representa la situación en la cual está comprometido desde el punto de vista de sus intereses y de sus intenciones. Aun cuando el actor acepta ir lo más lejos posible en su autoanálisis, no puede llegar más allá de cierto punto de encuentro con el procedimiento comple-

mentario que sólo el investigador puede emprender. Aquí es donde hay que hablar en el sentido más estricto de una intervención sociológica.

Al investigador no le basta con registrar respuestas, u organizar discusiones de grupo, sino que interviene de manera activa, y, en particular, elabora por sí solo hipótesis sobre la naturaleza de la lucha o de la acción colectiva que se estudia y principalmente sobre la naturaleza del vínculo que se crea entre esta acción colectiva y el movimiento social central que cuestiona el modo de control social de los recursos y de los modelos culturales.

Se llama *conversión* al momento central de una intervención sociológica; y es cuando el investigador, después de un largo periodo de entrevistas con interlocutores y de autoanálisis del grupo, propone a dicho grupo sus propias hipótesis sobre la significación de su acción y se esfuerza porque el grupo las adopte y las aplique para transformar su autoanálisis en verdadero análisis sociológico. Esta operación tiene en realidad, dos aspectos. Por un lado, se trata de pasar de la acción al análisis; por el otro, y aquí está lo esencial, este paso al análisis sólo se puede hacer si una lucha considerada en la multiplicidad de sus dimensiones se reanaliza desde el estricto punto de vista del movimiento social que puede estar presente en ella.

Tomemos un ejemplo. Una huelga obrera lleva al debate reivindicaciones de salario o de condiciones de trabajo muy concretas; se propone también, a menudo, modificar las relaciones de influencia entre los miembros gremiales que se encuentran en presencia; finalmente, puede poner de manifiesto la presencia de un movimiento social obrero comprometido en una lucha, que podemos llamar de clases, por el control social y la utilización de la industrialización. En este caso el objeto de la conversión es hacer que el grupo obrero considere su huelga desde el punto de vista de su significación más alta, es decir desde el punto de vista de su posible contenido en términos de lucha de clases.

Esta explicación permite definir el papel del investigador. Cada quien siente, en efecto, que este papel es difícil y se encuentra constantemente en peligro de caer en dos dificultades opuestas. Si el investigador toma una posición de observador exterior al grupo, no vemos cómo éste puede superar su autoanálisis y, por consiguiente, cómo las hipótesis del investigador podrían ponerse a prueba en el grupo. El grupo caliente rechazará, como elemento exterior, al investigador frío. A la inversa, el investigador que se identifique con una acción colectiva o, peor aún, con el grupo en el cual trabaja, quedaría prisionero de una ideología de la cual ni siquiera es el productor y sólo puede ser el intérprete, a menudo demasiado celoso.

La única solución para que el investigador quede aceptado por un grupo preocupado por la acción y sea, a la vez, capaz de llevar a cabo su trabajo de análisis es que se presente él mismo, que se identifique,

no con una lucha con todas sus dimensiones, sino con la significación más alta posible de esta acción. Es quien, entonces, va a "arrastrar" al grupo hacia una significación profunda y, por tanto, relativamente escondida por la urgencia de los problemas cotidianos. Debemos entonces imaginar este momento central de la intervención, la conversión, como una acción dramática, por medio de la cual el investigador, —quien ya quedó identificado como buscando la significación más elevada posible de la acción, presenta sus ideas, trata de que el grupo las adopte, y observa si éste, efectivamente, se las apropia y qué efectos éstas acarrearán sobre su funcionamiento.

El momento central de la intervención es aquél mediante el cual el investigador, después de haber elaborado el sentido central de una acción colectiva, observa cómo el actor mismo está siendo modificado en su comportamiento por el reanálisis de su acción a partir de la hipótesis introducida o formulada por el investigador.

Estos dos aspectos de la intervención: el *autoanálisis* del grupo y la *conversión* del grupo a las hipótesis del investigador, imponen la presencia coordinada de dos investigadores. Llamamos *intérprete* a aquél que se encarga del autoanálisis del grupo y que, por consiguiente, lo empuja hacia adelante; a la inversa, *el analista* es aquél que introduce en el grupo una hipótesis que éste mismo no puede producir ya que no debe dejar en ningún momento de comportarse como actor. Es decir que las relaciones entre los dos investigadores constituyen uno de los problemas más delicados que la intervención sociológica tiene que resolver, y, a la vez, una de las informaciones sobre las cuales la interpretación puede apoyarse más sólidamente.

Si la acción del *intérprete* y la del *analista* no logran coordinarse, con frecuencia es porque la hipótesis del analista y la ideología del actor no pueden encontrarse, y, por regla general, indica que se trata de un movimiento social fragmentado, de una acción incapaz de conducirse por su propio sentido, por lo tanto, de una acción heterónoma.

Aquí hay que añadir brevemente que el aprendizaje del papel de intérprete o de analista es largo y difícil. Cada investigador es sometido a presiones contradictorias. Por un lado, éste tiene la tentación de sacrificar todo para ser aceptado por el grupo. Incluso, a veces trata de convertirse en líder del grupo, de seducirlo o de dejarse seducir por él; a la inversa, el investigador puede desarrollar mecanismos de defensa contra la ideología del grupo y, por consiguiente, colocar su hipótesis demasiado lejos de la práctica, para impedir así que el grupo se la reapropie. Qué lejos estamos aquí de los preceptos tradicionales sobre la objetividad del investigador; qué lejos nos encontramos también de las llamadas demasiado fáciles a la simpatía, a la comprensión, incluso al compromiso. La intervención sociológica no es un ejercicio de simpatía por el cual el investigador desaparecería para dejar la palabra a los actores; se trata, al contrario, de un procedimiento

de tipo experimental por medio del cual el investigador trata de construir las condiciones de verificación de la pertinencia de sus hipótesis.

Antes de abordar el análisis de la demostración que la intervención, debe representar, vamos a evocar rápidamente la fase final de dicha investigación. A partir del momento en que el grupo se ha reapropiado las hipótesis, primero debe utilizarlas para reinterpretar su historia como grupo; después, y en el transcurso de un periodo que puede ser muy largo, debe utilizar estas hipótesis para analizar nuevas situaciones y nuevas iniciativas, para explicar su propio comportamiento y el de sus colegas. Llamamos *sociología permanente* a este largo movimiento que baja de regreso hacia la acción, el cual debe realizarse en un periodo bastante largo para que las hipótesis formadas en una situación dada puedan aplicarse a una situación parcialmente nueva.

4. La demostración

La característica más visible de una intervención sociológica es su duración. Mientras que una investigación puede ser casi instantánea, y reunir un gran número de entrevistas durante un periodo corto, una intervención sociológica debe desarrollarse durante largo tiempo. Es preferible que se efectúe por lo menos en dos fases separadas por varios meses de interrupción. Durante cada fase, se deben de constituir por lo menos dos grupos, y más si es posible, para permitir una comparación entre ellos. Si añadimos que la preparación de la investigación es a menudo larga (en el caso del estudio sobre el sindicalismo francés, duró un año) y, sobre todo que es importante lograr antes de iniciar la intervención, una demanda de investigación, vemos que, una intervención dura por lo general dos años. El único estudio que se efectuó con más rapidez fue el de Polonia, lo que se explica en gran parte porque nos fue sumamente fácil organizar la investigación, con el apoyo total y dinámico que nos proporcionaron los responsables y los militantes de *Solidarnosc*.

Esta investigación prolongada pone a la disposición de los investigadores un acervo de documentos compuesto por las grabaciones de todas las sesiones de trabajo (varios centenares de horas en total) y eventualmente de entrevistas individuales realizadas al final del estudio con los miembros de los grupos, de tal manera que la importancia de este acervo constituye una primera protección, importante, contra los errores de interpretación. Es muy fácil dar una opinión general sobre el sentido de una huelga o incluso de una lucha social en su conjunto. Otra cosa es hacer un informe por cada parte de una colección de documentos de varios miles de páginas en donde se recopila el trabajo de diversos grupos en lugares y tiempos diferentes.

Pero el elemento principal de la demostración no está ahí; se sitúa en el meollo mismo de la investigación, en el momento de la conversión. Si las hipótesis elaboradas por los investigadores —y que éstos tratan de adjudicar al grupo—, son pertinentes, éstas deben ayudarle a esclarecer su discusión, a crear para él la **inteligibilidad**, en su propia historia como grupo y al mismo tiempo en la historia de la acción colectiva a la cual se refiere y pertenece. Por el contrario, cuando la hipótesis no es pertinente —y se ha dado el caso— es sorprendente ver que ésta sólo produce en el grupo confusión, desorden, reacciones caóticas.

Aquí también, la duración de la intervención es uno de sus aspectos esenciales. Se concibe que un investigador sea capaz de seducir a un grupo y de imponerle su lenguaje durante cierto tiempo. Es más difícil imaginar que esta seducción dure varias sesiones; más difícil aún es pensar que investigadores diferentes, o que trabajan sobre grupos diferentes, puedan lograr la misma empresa de seducción y obtener resultados análogos. Al contrario, es sorprendente constatar que el ascendiente de un investigador sobre su grupo, si bien suscita primero reacciones muy favorables a las hipótesis presentadas, provoca rápidamente una desorganización del grupo, la inestabilidad y la imprevisibilidad de las reacciones y, en particular, una extrema confusión en las posiciones que ocupan los miembros del grupo los unos en relación a los otros.

En el mismo espíritu, la *sociología permanente* aporta un nuevo elemento de demostración. Una hipótesis pertinente es la que puede convertirse en análisis de la acción y de la situación reales, sobre todo cuando éstas se transforman. En particular, hemos podido observar que las hipótesis presentadas a uno de los grupos antinucleares lo llevaban directamente a tomar nuevas iniciativas y a interpretar la situación en la cual se encontraba, y sus posibilidades de acción, de manera mucho más elaborada y mucho más exacta que antes.

Finalmente, hay que regresar al problema de las relaciones entre los documentos que produjo la intervención y los de tipo histórico. Es cierto que el comparar los primeros con los segundos es un elemento que refuerza las hipótesis. Es preciso recordar sin embargo que éstas dos clases de documentos no se refieren al mismo objeto. Los documentos históricos son esenciales para comprender la importancia real de una acción colectiva y sus efectos sobre el medio ambiente. A la inversa, la intervención sociológica, si bien es del todo incapaz de prever los efectos de una acción y su importancia histórica concreta, es la única que puede indicar la significación analítica central de esta acción colectiva. Ello no impide que el investigador pueda acrecentar considerablemente la fuerza de sus hipótesis al mostrar cómo la significación sociológica y la significación histórica de la misma acción colectiva se completan y se acoplan la una con la otra.

5. Campo de aplicación de la intervención sociológica

No por casualidad todas las intervenciones sociológicas emprendidas hasta ahora por nuestro grupo se han referido a objetos de naturaleza comparable y a luchas sociales populares. Era natural intentar definir primero por este método la naturaleza de los movimientos sociales centrales de nuestra época, trátase de aquellos que son propios de una sociedad industrial o de los que se forman con la aparición de un nuevo tipo de sociedad.

Una de las razones por las cuales se ha desarrollado este método es incluso el deseo de los investigadores —en la época en que eran sensibles a las transformaciones de tipo societal en Occidente— de definir la naturaleza del movimiento social y de las luchas sociales que podían desempeñar, en la nueva sociedad en formación, el papel central que el movimiento obrero había tenido en la sociedad industrial y que los movimientos que podemos llamar movimientos urbanos o cívicos probablemente habían desempeñado antes en las sociedades mercantiles.

Por otra parte, es preciso recalcar, para anticiparse a críticas demasiado fáciles, que el resultado de nuestras investigaciones no fue siempre positivo, ni mucho menos. Hay que entender con esto que en varias ocasiones tuvimos que concluir que una acción colectiva sí se definía correctamente en relación con un posible movimiento social, pero que éste no estaba constituido.

El primero de nuestros estudios, relativo al movimiento estudiantil de más importancia en Francia, el de 1976, que fue más extenso en las universidades que el de 1968 pero que, de ninguna manera, tuvo la misma importancia general, nos llevó a concluir que la acción estudiantil real estaba sumamente alejada de las condiciones de existencia de un movimiento estudiantil. Es así como este estudio, que se inició como el del movimiento estudiantil, aparece ahora a los lectores y a los mismos investigadores como el estudio de la caída, del fin dramático y durable de un movimiento estudiantil.

Desde otro punto de vista, la conclusión principal de nuestro estudio sobre las luchas occitanas fue que les era imposible unir de manera estable dos orientaciones diferentes: un movimiento de liberación nacional en oposición a la sociedad francesa y un movimiento de desarrollo regional que se apoyaba sobre las fuerzas políticas y sindicales de la oposición en Francia. No obstante, estas conclusiones negativas no son menos interesantes que otras, muy positivas, que proporcionó el estudio sobre *Solidarność* en Polonia, para comprender la naturaleza de los movimientos sociales en nuestras sociedades.

Estos estudios realizados hasta ahora permiten distinguir varios campos de aplicación del método de intervención, pues si bien se habló hasta ahora de movimientos sociales, en realidad hay que distinguir tres tipos de movimientos. Se entiende por movimientos sociales,

en el sentido estricto, las luchas por el control social de los modelos culturales y, en particular de la inversión. Estos movimientos sociales no pueden confundirse con movimientos culturales, aquéllos mediante los cuales se organiza, ya no la lucha por el control social de modelos culturales, sino el reemplazo de modelos culturales antiguos por modelos nuevos. Además, hay que señalar que sólo podemos hablar de movimientos culturales en la medida en que estos modelos culturales permanecen encarnados, es decir apropiados, por actores también en conflicto. No existe pues un corte radical entre movimientos sociales y movimientos culturales, pero en el caso de éstos, la transformación de los modelos culturales desempeña el papel principal. Finalmente, nuestros estudios sobre los occitanos, los obreros polacos y los ingenieros turcos nos llevaron a conocer movimientos que llamamos históricos porque su objeto no es controlar o transformar el sistema de dominación social en un tipo de sociedad dada, sino pasar de un tipo de sociedad a otro. Ello implica que éstos se sitúan más en relación a los agentes de transformación de la sociedad que en relación a las fuerzas que administran y dirigen un tipo de sociedad dada. Puede ocurrir que movimientos sociales y movimientos históricos se traslapen ampliamente, pero en la mayoría de los casos, en el mundo actual, están fuertemente disociados.

El problema que se plantea hoy en día, como lo indican nuestros proyectos para el futuro inmediato, es saber hasta dónde puede extenderse el campo de aplicación de la intervención sociológica. Tres campos de estudio parecen abrirse para la aplicación de este método.

Algunos de nuestros estudios ya nos han hecho penetrar en el primero. Ocurre, por cierto, que algunos movimientos sociales sólo existen bajo una forma fragmentada o en crisis. Recordemos los comienzos de la sociedad industrial en Europa. Antes de que se organizara un movimiento obrero, la industria naciente provocó levantamientos, motines, pero también formas de rechazo y de defensa, desde el tortuismo y el sabotaje hasta el alcoholismo. Se habló en Francia de clases peligrosas en oposición a las clases trabajadoras, pero los que han estudiado los motines saben que no hay una frontera clara entre ellas. Para recurrir a un ejemplo literario, ¿no sería absurdo considerar el famoso personaje de Víctor Hugo, Gavroche, como un joven marginal delincuente cuando el escritor quiso también, y primero que todo, hacer de él, un símbolo de la resistencia popular y del movimiento democrático?

Nos parece que actualmente existe una tendencia peligrosa a explicar muchos comportamientos individuales y colectivos en términos de desviación o de marginalidad, lo que supone rehusar volver a cuestionar las normas y las formas de organización social de referencia. ¿No puede verse en estos comportamientos movimientos salvajes que sólo son marginales en relación a movimientos que no pueden todavía

organizarse o que se vuelven marginales porque ya no se hacen cargo de ellos unos movimientos sociales en vía de decadencia y reducidos a simples grupos de presión?

Para tomar de nuevo el ejemplo que acabamos de recordar, la violencia, el robo o el sabotaje, importantes en el mundo obrero, se han transformado en acciones reivindicativas y contestatarias, capaces de elevarse a un cuestionamiento general de la organización social. A medida de que esta fuerza del movimiento obrero se debilita y que éste se institucionaliza o incluso participa de la gestión dirigente, ¿no pierde éste la capacidad de dar un sentido a conductas de revuelta individuales o colectivas y no tienden entonces éstas a ser interpretadas superficialmente en puros términos de desviación?

En un contexto muy diferente, ¿cómo no cuestionarse hoy sobre la violencia política que se manifiesta en el orden social, o en el orden nacional, en forma de guerrillas, de luchas armadas y de terrorismo? Desde el punto de vista del método de la intervención sociológica, este tipo de conductas colectivas o incluso individualizadas, se enfrenta a la dificultad de crear una demanda de investigación y a la impotencia de los grupos que se constituirían para hacer su autoanálisis. La intervención sociológica tiene entonces que fragmentarse, como las conductas colectivas que quiere estudiar. Hay que admitir que dicha intervención se desarrolla en tres niveles al mismo tiempo. Es necesario, ciertamente, constituir grupos de intervención, pero también lo es que los investigadores se dirijan a la población de que se trate y cuya falta de movimiento produce, por vía de consecuencia directa, la marginalización de las conductas de revuelta.

El trabajo de los dos equipos de investigación debe consistir en transformar lo que es presentado como una rebelión o una marginalización personal en objeto de movimiento social o, por lo menos, de acciones reivindicativas de parte de la población de origen. Un movimiento fragmentado, y por consiguiente imposible, vivirá más intensamente a nivel del imaginario personal que a nivel de la actividad colectiva. De ahí también la necesidad de asociar al estudio de un grupo de intervención el estudio de la vida psicológica de cada uno de sus miembros y en particular de sus representaciones, de sus temores e incluso de sus sueños.

Un segundo tipo de investigación, muy próximo también al campo que hemos explorado, es el de lo que podemos llamar los antimovimientos sociales. Si bien es cierto que un movimiento social se define por el significado de un conflicto entre el actor y sus adversarios y de la apuesta social que estos adversarios se disputan, un antimovimiento social es al contrario la afirmación de una identidad y de una comunidad, definida fuera de toda relación social y que sólo reconoce relaciones con un mundo extraño y amenazador, de tal manera que no hay nada común en juego entre el actor y el adversario. Todo movimiento

social puede deteriorarse y transformarse en un antimovimiento social que en ocasiones se llamará *secta* y puede a veces, al nivel más macro-social, tomar la apariencia de un régimen totalitario que en realidad funciona en gran medida como una secta. En el periodo actual, marcado por el difícil paso de un tipo de sociedad a otro, lo que generalmente llamamos una crisis, la mezcla de los movimientos sociales y de los antimovimientos sociales es constante. Es particularmente importante estudiar estos antimovimientos sociales para evitar un cierto optimismo voluntarista que amenaza a cada estudio sobre los movimientos sociales positivos. Sabemos, además, para citar la famosa frase de Blake, que es más fácil describir el infierno que el paraíso.

Un tercer campo que debería abrirse rápidamente a la intervención sociológica es el de los movimientos sociales de los grupos dirigentes, de clases o de élites dirigentes. Es peligroso, efectivamente, identificar los movimientos sociales con las solas clases populares. Es indispensable, retomando así las tradiciones más grandes de la sociología, estudiar a los líderes industriales o a las fuerzas dirigentes políticas como si fueran movimientos sociales, conducidos a la vez por orientaciones culturales y por conflictos sociales. En fin, señalemos aquí que ya se han emprendido ciertos esfuerzos para mostrar cómo movimientos sociales y enfrentamientos entre movimientos sociales opuestos se transforman en juego político, se institucionalizan o incluso se encarnan en organizaciones. El interés de estos procedimientos no es tanto seguir la transformación de un movimiento social en prácticas, sino mostrar cómo estas mismas prácticas, lejos de poder ser estudiadas a su propio nivel, es decir en términos de funcionamiento de la organización social, son siempre, si se me permite emplear esta expresión, sobredeterminadas por movimientos sociales que se inscriben dentro de ellas, de la misma manera que las negociaciones colectivas en una empresa o una rama de industria sólo se pueden entender con referencia a lo que, por ambos lados, no es negociable.

Conclusión

La intervención sociológica se sitúa lo más lejos posible de los métodos perezosos que creen resolver los problemas de la acción colectiva con sólo identificar al investigador con el actor o tratando al investigador como el instrumento mediante el cual surge una espontaneidad indeterminada, un impulso vital o una libido —según si se utiliza un vocabulario bergsoniano o freudiano— que sólo detendrían la organización social y sus mecanismos de control social. No tiene nada que ver con estos procedimientos, sencillamente porque éstos son arbitrarios y no pueden dar lugar a demostración, ni tampoco, a decir verdad, a una verdadera investigación. El espíritu de la intervención sociológica

está mucho más cerca de la búsqueda de un método experimental y este esfuerzo parece justificarse por el hecho de que nuestras sociedades industrializadas, modernizadas, lejos de responder a exigencias estructurales o funcionales de supervivencia y de estabilidad, son sociedades que se transforman, se inventan, se producen. Son sociedades que, al contrario de lo que algunos dijeron con demasiado vigor, ven su espacio público extenderse, en las cuales los procesos políticos se multiplican. Es cierto que esto no define el conjunto de las sociedades de la tierra ni mucho menos pero esta apertura y esta auto-producción son características por lo menos del conjunto muy diverso de las sociedades en las cuales se desarrolla de hecho la intervención sociológica.

Todos los esfuerzos realizados hasta ahora, y que deberán ampliarse, tienden a asegurar el mayor rigor posible en el desarrollo de este método, que debería demostrar hipótesis y no sólo interpretar libremente las conductas observadas. Su originalidad reside en que busca, en la interacción del investigador y del actor, los elementos principales de esta demostración.

De modo más general este método es la forma práctica de expresión de una concepción de la vida social que no trata a ésta como un sistema que responde a una lógica interna, sino como el resultado temporal, coherente a medias y cambiando con rapidez, de relaciones sociales que no son sólo de competencia, pero son la forma social de transformación de orientaciones culturales generales en prácticas sociales y culturales organizadas. Es imposible discutir sobre la intervención sociológica, sus formas y sus resultados, si no se reconoce primero que se concibió, y se utiliza, para defender esta concepción de la vida social como producida por sí misma por medio de sus orientaciones culturales, sus conflictos sociales, sus mecanismos de decisión y sus formas de organización.

